

Presentación de *Juan Rulfo: otras miradas*
Víctor Jiménez, Julio Moguel, Jorge Zepeda (coordinadores)

Por Juan Domingo Argüelles

Feria Internacional del Palacio de Minería-UNAM
México, D.F.
26 de febrero de 2010.

Juan Rulfo y las otras miradas

Acerca de Juan Rulfo y su obra hay demasiadas mitografías que abundantes mitómanos han echado a correr desde sus plumas, sus máquinas de escribir y sus computadoras.

Muchas de ellas han sido suficientemente desmentidas, pero desgraciadamente otras más continúan abonando no la ficción sino la mentira, para dar a entender que Rulfo es una especie de feliz accidente y no de genio consciente de su quehacer.

Esta es la desgracia de todo gran creador: vivir y morir asediado por las leyendas más descabelladas, en gran medida porque al público le fascinan los misterios, los enigmas y las conspiraciones, y prefiere creer en lugar de comprender.

Afortunadamente, Víctor Jiménez, Julio Moguel y Jorge Zepeda, entre otros —desde los trabajos y empeños de la Fundación Juan Rulfo—, se han dedicado en los últimos años a desyerbar la maleza escrita que crece alrededor de la obra y la vida de Rulfo, al tiempo que privilegian el desarrollo de las mejores especies.

Zepeda lo hizo con *La recepción inicial de Pedro Páramo*, para mostrar que la trascendencia de esta novela está precedida de un profundo proceso de formación intelectual de Rulfo, muy lejos de esas ideas inocentes que hablan de un autor que dio en el clavo por casualidad. Alberto Vital y Julio Moguel han hecho también lo propio en *Noticias sobre Juan Rulfo y Ecos y murmullos en la obra de Juan Rulfo*. Víctor Jiménez, director de la Fundación, ha escrito múltiples textos de precisión, y coordinó, con Vital y Zepeda, el volumen *Tríptico para Juan Rulfo: poesía, fotografía, crítica*, que es una importante contribución al esclarecimiento de la figura rulfiana, siempre entre las brumas de una hagiografía tergiversadora.

Esto mismo podemos decir de este nuevo libro que hoy nos reúne: *Juan Rulfo: otras miradas*, coordinado por Jiménez, Moguel y Zepeda, en cuyas páginas se valoran dos aspectos fundamentales del autor de *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*: los testimonios que sobre la genialidad de Rulfo han externado y escrito otros grandes e importantes autores (Arguedas, Borges, García Márquez, Grass, Sontag, Kenzaburo Oé, etcétera), y las miradas y

las versiones que proyectan, desde otras lenguas, las incuantificables traducciones de la obra de Rulfo.

La segunda parte de este libro aporta importantes elementos de juicio para los especialistas y los investigadores de la traducción. La he leído con interés de neófito y desde mi perspectiva monolingüe, y algo he aprendido, pero su mayor beneficio lo obtendrán los profesionales de esta materia. En cambio, puedo hablar con menos desconocimiento del invaluable material que recoge la primera parte: los testimonios sobre Juan Rulfo que ya era urgente recopilar, para que la certeza de los juicios relevara al chisme y la especulación ufológica-literaria.

Juan Rulfo no llegó en un platillo volador ni le dictó su obra un marciano. Juan Rulfo construyó una literatura, consciente de lo que estaba haciendo, gracias a una formación intelectual y una educación sentimental que reconocen incluso los más grandes. Como Borges y García Márquez, que se declaran devotos de la maestría rulfiana, y atribuyen su grandeza no sólo al genio y a la inclinación vocacional (que le dio natura y no Salamanca), sino también al oficio preciso, el conocimiento vasto y profundo de sus herramientas y sus precedentes y el dominio absoluto de la fantasía y la realidad para conseguir un portento de literatura.

Así como se ha dicho que Shakespeare y Balzac no son dos escritores nada más, sino cada uno de ellos una literatura, esto mismo tendríamos que afirmar de Juan Rulfo, sin ofrecer disculpas por decirlo, pues tan prodigioso es escribir miles de páginas inmortales como escribir un par de cientos de ellas que trasciendan los límites de lo nacional y estén hoy en todos los idiomas cultos y aun en los incultos.

La trascendencia de la obra de Juan Rulfo queda de manifiesto en este libro que hoy nos reúne, y los testimonios que se recogen en él servirán a partir de ahora para que los periodistas y los críticos, los investigadores y los aficionados ya dejen de citar de memoria o de oídas (a partir de lejanas referencias equívocas) y glosen o entrecomillen, como debe ser, lo que dijo, por ejemplo, Borges: “*Pedro Páramo* es una de las mejores novelas de las literaturas de lengua hispánica, y aun de la literatura”, o lo que sentenció García Márquez: “Si yo hubiera escrito *Pedro Páramo* no me preocuparía ni volvería a escribir nunca en mi vida”.

Hace algún tiempo escribí: Juan Rulfo no fue, nada más, como han dicho o sugerido algunos, un escritor intuitivo (aunque la intuición esté implícita en toda genialidad artística). Su maestría le viene, también, de las muchas y variadas lecturas que hizo y de la conciencia plena de que para ser gran escritor hay que ser, antes que nada, consumado lector. No hay grandes escritores incultos; no hay escritores extraordinarios que no hayan sido, al mismo

tiempo, lectores extraordinarios. Y esto es válido lo mismo para Borges que para García Márquez.

Hoy reitero esto, al calor del entusiasmo y la alegría que me causa la aparición de *Juan Rulfo: otras miradas*. Es un libro valiosísimo que contribuirá a desterrar un poco más la mitología colorista y el triste ejercicio murmurador y amarillista de lo que, por desgracia, se ha convertido a veces lo que algunos llaman “crítica literaria”.